

**Hijo de la Revolución, naciste para el triunfo
callado y el dolor héroe sin epopeyas, lanza en
ristre eres como un Quijote sembrador.**

**Sembrador de la letra que es Idea, sembrador de
la Idea que es Ideal; el libro se transforma en
roja tea en tus manos, ¡ oh Maestro Rural !**

**No esperes recompensa, en tu camino la vida te
pondrá ponzoña y hiel, más tu palabra vencerá
al destino si es tu palabra de granito y miel.**

**Enseña, siempre enseña, pues bien sabes que es
humana y es alta tu misión; sobre el canto del
monte y de las aves haz oír tu cantar, ¡
Revolución!**

**¡ Revolución : hay luces en la mente !
¡ Revolución : el surco es abundancia ! el arado
y el libro tornan gente
al indio sumido en la ignorancia.**

**¡ Maestro, no detengas tu entusiasmo !
¡ Enfrente está el trabajo que ennoblece ! haz
que el indio sacuda su marasmo,
dile que es suyo el surco que florece.**

**La letra que redime y la idea
que es símbolo de lucha y redención.
que siempre fuerte tu palabra sea :**

¡ Revolución !

[Ángeles Cifuentes, "Maestro
rural", en *El Maestro Rural*, t.
XIII n. 5 y 6, mayo y junio de
1940, p. 18]

Arnaldo Cordova

Los maestros Rurales en el cardenismo

I. LA POLÍTICA EDUCATIVA DE CÁRDENAS

En el proceso de reorganización política de la sociedad mexicana llevado a cabo por el cardenismo durante los años treinta, ningún grupo social se distinguió tanto como los maestros de escuela primaria y entre éstos, en especial, los maestros rurales, por su actividad política en el seno de las masas trabajadoras. De hecho, casi no hubo organización o lucha popular en que los maestros elementales no jugaran un papel destacado como agitadores, propagandistas y organizadores. Sin exageración, se puede afirmar que en buena medida el cardenismo cumplió su obra gracias al concurso extraordinario de los trabajadores de la enseñanza, sobre todo en el campo, y que de no haber contado con ellos sus esfuerzos se habrían frustrado o habrían sido muy limitados.

En la historia de la Revolución Mexicana el cardenismo se distingue con contornos propios, más que en ningún otro aspecto, por su línea de masas; más que por sus realizaciones, por el modo en que las llevó a cabo. Y lo notable, como lo hemos apuntado en otra parte,¹ fue que el cardenismo no inventó esa línea de masas; simplemente reconstruyó la política revolucionaria misma y aplicó sus postulados, uno de los cuales, el esencial, consistía en que las tareas de la revolución no podían sino ser obra de las propias masas trabajadoras, bajo la dirección de los revolucionarios. Militando por la Revolución, los trabajadores le habían dado el poder y habían impuesto un nuevo modo de hacer política: la política de masas. Si la Revolución quería conservar el poder debía fundarse en la política de masas. Las masas no son, como se ha dicho, el punto débil o la "cárcel" del Estado de la Revolución,² sino todo lo contrario, la verdadera fuente de su poder, a tal grado que sin la presencia de las masas sencillamente éste no se explicaría. Cárdenas reconstituyó y acabó por institucionalizar la política de masas de la Revolución.

Su punto de partida fue la convicción de que la realización del programa revolucionario de

¹ Véase Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, Ed. Era, México, 1974.

² Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida. México, 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder*, Ed. El Caballito, México, 1971, pp. 32-33, *passim*.

reformas sociales era indispensable, vital para el Estado y para el país, y que el programa se realizaría lanzando nuevamente a las masas a la lucha. En particular, la reforma agraria sería el fruto de la movilización de los campesinos, de su organización en la lucha por la tierra y de su capacidad para sacudirse la opresión y la explotación. Y en este sentido, justamente, los maestros rurales comenzaron a significarse como auténticos propagandistas de la Revolución y organizadores de masas.

Hasta entonces los maestros primarios no habían dejado de actuar en cuanto movimiento social se había dado desde los comienzos de la Revolución y algunos habían figurado de manera prominente en la política nacional;³ pero era evidente que después de la lucha armada el Estado no había sabido aprovechar sus posibilidades y su capacidad como propagandistas, agitadores y organizadores de la causa revolucionaria entre las masas. Durante los años veinte y bajo la influencia de Vasconcelos, impresionado por el apostolado educador y la labor cultural de los misioneros católicos en la Nueva España, las autoridades educativas concibieron al maestro como un simple sacerdote, un misionero cuya tarea debía consistir en convertir la cultura universal en un hecho de masas, un iluminador de conciencias allí donde seguían imperando la ignorancia, la barbarie y el fanatismo.⁴ Pero tardaron mucho en advertir que además de educador el maestro estaba en condiciones de ser un reorganizador de la sociedad y un agente de la política revolucionaria.

Su gestión como gobernador del estado de Michoacán (1928-1932) sirvió a Cárdenas para conocer en detalle las posibilidades de los maestros en su labor entre las masas. Ellos estuvieron en primera fila en el proceso de formación de la Confederación Michoacana Revolucionaria del Trabajo, que unificaba por primera vez a los trabajadores de Michoacán en un solo bloque político, y a menudo fungieron como los dirigentes principales de la nueva organización;⁵ lo que fundamentalmente llamó la atención del gobernante michoacano fue la actividad de los maestros entre los campesinos y su papel importantísimo en el auxilio que daban a los trabajadores en la solución de sus problemas. Al rendir su último informe de gobierno en el estado, Cárdenas formuló un principio de política educativa que ya no abandonaría y que regiría su política posterior en relación con los maestros:

3 Para unos cuantos ejemplos significativos, véase James D. Cock-croft, "El maestro de primaria en la Revolución Mexicana", en *Historia Mexicana*, vol. XVI, n. 4 (64), abril-junio de 1967, pp. 565-87.

4 Como ha escrito David L. Raby, Vasconcelos, "idealista confuso, rendía culto a la herencia católica e hispánica y consideraba la educación como una cruzada moral. Su gesto más característico fue la publicación de ediciones populares de los clásicos y su distribución a miles de campesinos que apenas habían aprendido a leer y escribir, cuando la mayoría de las escuelas rurales eran todavía poco más que cobertizos improvisados casi totalmente carentes de mobiliario y equipo" (David L. Raby, *Educación y revolución social en México (1921-1940)*, SepSetentas, México, 1974, p. 33).

5 David L. Raby, op. cit., pp. 207-10.

Nunca más debe figurar el educador —afirmaba— como el individuo que desde estrecho recinto se conforma con impartir a sus educandos nociones generales muchas veces confusas, de una ciencia que en multitud de ocasiones se halla al margen de las realidades de la existencia. Frente a este tipo magisterial que no ha alcanzado en la sociedad ni la influencia ni la consideración que se deben a su ministerio, debe alzarse un guiador social que penetre con valor en la lucha social; no el egoísta que se conforme con defender los intereses específicos de los suyos, sino el conductor que penetre con pie firme al surco del campesino organizado y al taller del obrero fuerte por su sindicalización, para defender los intereses y aspiraciones de unos y otros y afianzar las condiciones económicas de ambos; el encauzador que defienda los intereses y aspiraciones del niño proletario, en el calor de la lucha social, porque tanto como saber modelar en forma integral las aptitudes y funciones espirituales del niño, interesa el encarrilamiento legal de los padres en la conquista cada vez más firme y dignificante de los derechos del trabajador.⁶

El ascenso del cardenismo durante los primeros años treinta, como movimiento reivindicador de los postulados de la Revolución y, sobre todo, de su política de masas, impulsó un cambio radical en la política educativa aun antes de que el general Cárdenas asumiera la presidencia de la República. Dicho cambio dirigía todos los esfuerzos a la creación de un aparato institucional, político e ideológico a la vez, que enmarcara a la educación como una política de desarrollo social que proporcionara a los maestros los medios y el ambiente propicio para el cumplimiento de su misión; ante todo, resultaba de la mayor importancia justificar y legitimar su papel en el proceso de organización de las masas trabajadoras. Los voceros del gobierno tuvieron buen cuidado de presentar al maestro, no solamente como un simple educador que se encargaba de enseñar las primeras letras a los niños, sino además como un consejero social cuya tarea abarcaba el auxilio del trabajador en todos los aspectos de su vida. Le enseñaría a leer y a escribir, por supuesto, pero también le mostraría las soluciones políticas a sus problemas, le diría cómo y de qué modo producir más y le enseñaría a vivir mejor. A los maestros, a su vez, comenzó a enseñárseles todo lo relativo a las técnicas productivas y al manejo de la producción y se les recomendó que buena parte de su labor la dedicaran a ayudar a los campesinos y a los cooperativistas en sus problemas específicamente económicos. Sobre todo, respecto a los campesinos, habituados a métodos y

⁶ Informe que el ciudadano Gral. de División Lázaro Cárdenas rinde al H. Congreso del Estado al terminar su periodo constitucional 1928-1932 y contestación del presidente del mismo, Tip. Arte y Trabajo, Morelia, Mich., 15 de septiembre de 1932, pp. 11-12.

formas de producción primitivos, se encomendó a los maestros informarse lo más ampliamente que pudieran sobre el mejor modo de aprovechar la tierra: rotación de cultivos, mejoramiento y selección de semillas, aprovechamiento de aguas, utilización de aperos, etcétera. Ya el Plan Sexenal del Partido Nacional Revolucionario, aprobado en su Segunda Convención Ordinaria de diciembre de 1933 y que constituyó la verdadera declaración de principios del cardenismo, en su capítulo relativo a educación, establecía que

la función del maestro rural [...] comprende no sólo la educación primaria, sino también lecciones de agricultura, elementales y prácticas, pero técnicamente organizadas, con el objeto de mejor capacitar a los maestros rurales para que cumplan con la misión social de orientar a los campesinos con quienes habrán de convivir en la resolución de la mayoría de sus problemas prácticos,

y más adelante:

[. . .] aparte de que se procurará que la escuela primaria rural y urbana sea esencialmente activa, utilitarista y vital, se cuidará el desarrollo de la enseñanza técnica en sus diversas formas, para capacitar a varios grupos de trabajadores a coadyuvar eficazmente en los procesos de dominio y aprovechamiento de la naturaleza.⁷

⁷ Partido Nacional Revolucionario, *Plan Sexenal del PNR*, México, 1934, pp. 86 y 87. En marzo de 1932 un maestro escribía: "[...] El problema más agudo de México, en la actualidad, no es un problema de cultura en el sentido de información libresca, sino un problema de producción. México necesita más que enseñar a leer, escribir y contar, enseñar a producir. Todas las formas de trabajo aconsejadas por la Secretaría [de Educación, en ese tiempo todavía sujeta a la vieja política educativa], presuponen una comunidad que produce. Y las comunidades del campo no producen en la medida de sus necesidades. En lugar de enseñar a leer, escribir y contar, la escuela debe enseñar a cultivar la tierra, a transformar las materias primas en productos industriales ... Que los maestros, en lugar de ir a las comunidades rurales a desarrollar un programa propio de otras épocas, vayan a enseñar a los pueblos lo que necesiten; que en lugar del antiguo programa de las tres erres, vayan a enseñar agricultura e industrias [...] que en lugar de tener como cosa secundaria la enseñanza de las prácticas agrícolas y de las pequeñas industrias, y como principal la enseñanza de la lengua nacional, aritmética, historia y geografía, lo principal sea la enseñanza agrícola e industrial y lo secundario o lo que vaya al margen de esto sean las materias del programa tradicional de la escuela, y así el Inspector, en lugar de ir a examinar a los niños o a investigar lo que han aprendido en lengua nacional, etc., irá a investigar lo que saben por cuanto al cultivo de la tierra y por cuanto a pequeñas industrias" (Aureliano Esquivel, "Opinión sobre la escuela rural", en *El Maestro Rural*, t. I, n. 2, 15 de marzo de 1932, p. 9). El profesor Rafael Ramírez, adalid de la educación rural en México, escribió en octubre de 1933: "Es necesario iniciar una campaña permanente, sostenida y enérgica en favor de la educación cooperativa del pueblo, pero antes es indispensable crear en los maestros un profundo sentimiento de simpatía hacia todos los que sufren miseria y explotación. Y son los Directores de Educación y los Inspectores quienes deben despertar en los maestros este espíritu de solidaridad y de simpatía hacia los desheredados, por lo que deben aprovecharse todas las oportunidades que se presenten para hacer esta labor, especialmente en las reuniones que efectúen los maestros, cualquiera que sea el motivo de las mismas" (Rafael Ramírez, "Instrucciones acerca de 'Las cooperativas y la escuela rural' ", en *El Maestro Rural*, t. III, n. 9, 1º. de octubre de 1933, pp. 6-7). Y don Jesús Silva Herzog, que tantas y tan memorables batallas dio en esos años en favor del cardenismo, afirmaba en noviembre de 1933: "[...] bueno es hacer notar, de manera clara y precisa, que la educación del campesino no consiste únicamente en la enseñanza de la lectura, la escritura y las cuatro

A muchos les pareció entonces que todo esto no sólo significaba aplicar consecuentemente la política revolucionaria y realizar su programa de reformas sociales, sino que era ya *la lucha por el socialismo*. Un Estado y una dirigencia política que llamaban tan abiertamente a organizar a los obreros y a los campesinos para que lucharan por sus reivindicaciones y tomaran en sus manos los medios y recursos de la producción social, decididamente, no podían ser sino socialistas. Para fines de 1934 la Constitución era reformada en su artículo 3o., cambiando el concepto en que se fundaba la educación pública; de "laica" pasaba a ser "socialista". El nuevo texto del artículo de referencia establecía:

La educación que imparta el Estado será socialista, y, además de excluir toda doctrina religiosa, combatirá el fanatismo y los prejuicios, para lo cual la escuela organizará sus enseñanzas y actividades en forma que permita, crear en la juventud un concepto racional y exacto del Universo y de la vida social.⁸

Qué significaba en México una "educación socialista" fue una cuestión que dio lugar a enconados debates y en realidad no hubo modo de que nadie se pusiera de acuerdo. Muchos, en su momento, hicieron notar que hablar de "escuela socialista" en un país "burgués" era una patraña. Los autores de la reforma constitucional hablaron de "socialismo científico", expresión con la que corrientemente se hacía referencia al socialismo marxista; pero en sus polémicas dan la impresión de poner más el acento en el calificativo que en el sustantivo, de modo que lo que aparentemente querían era una educación fundada en la ciencia, en contraposición con una educación fundada en los prejuicios religiosos.⁹

Cárdenas, sin embargo, estuvo muy por encima de este tipo de problemas definitorios que envolvían la conciencia de muchos de sus seguidores. En cierta ocasión se le preguntó qué significaba la educación socialista y él simplemente respondió: "La esencia de la Educación Socialista consiste en subrayar más el punto de vista social que el individual."¹⁰ Cárdenas no sólo era un típico revolucionario mexicano, era también el más eminente, la síntesis personal más conspicua de la Revolución Mexicana. Desde su punto de vista, como para Salvador

operaciones elementales de la Aritmética, sino además, en enseñarle los medios de aumentar su producción para satisfacer con decorosa modestia sus necesidades, y en hacer de él un elemento afirmativo y de progreso dentro de su colectividad" (Jesús Silva Herzog, "Mensaje a la República", en *El Maestro Rural*, t. III, n. 12, 15 de noviembre de 1933, p. 11).

⁸ *Diario Oficial*, 13 de diciembre de 1934.

⁹ Véase Alberto Bremauntz, *La educación socialista en México Antecedentes fundamentales de la reforma de 1934*, México, 1943.

¹⁰ *El Maestro Rural*, t. VI, n. 1, lo. de enero de 1934, p. 31.

Alvarado, Álvaro Obregón o Plutarco Elías Calles, la Revolución había sido una revolución socialista, y México no era de ningún modo un país burgués, visto que ni siquiera tenía una industria que pudiera llamarse verdaderamente capitalista. A diferencia de los porfiristas, que pensaban que el comunismo es un sistema de vida más propio de las sociedades primitivas que de las sociedades modernas, Cárdenas estaba convencido de que el primitivismo tenía como su compañero inseparable al individualismo, y si se quiere, el más brutal de todos, el que tiene por únicos consejeros a la ignorancia y el fanatismo, indiferentes a las necesidades sociales. El socialismo, en cambio, pensaba el divisionario michoacano, es sinónimo de solidaridad social, de cooperación, de responsabilidad por los demás y ante los demás. Cuando los obreros daban el espectáculo de la desunión y la discordia y los campesinos aparecían desperdigados, aislados e ignorantes, esclavos de las más bajas pasiones, de los vicios y el fanatismo, víctimas de la opresión y la miseria, a Cárdenas no le cabía la menor duda acerca de lo que se necesitaba con urgencia: el *socialismo*, a la manera elemental en que él lo concebía, a la *mexicana*.

El que muchos de sus adláteres y colaboradores confundieran semejante socialismo con el marxismo a Cárdenas no le preocupaba mínimamente. Después de todo, si era científico, el marxismo ayudaría a erradicar la ignorancia y el fanatismo religioso. Y mientras sus seguidores sedicentes marxistas se daban prisa y fatiga para justificar por qué no se debía luchar por el socialismo (a pesar de que se creyeran marxistas) sino por los "objetivos nacionales" (que eran los mismos del cardenismo), el divisionario de Jiquilpan reiteraba una y otra vez su concepción del socialismo. La *Revista de Educación* resumió, especialmente para los maestros, esa concepción:

a] El socialismo es la antítesis del individualismo. Prepara al individuo primero para el servicio de la colectividad y después para el servicio de sí mismo. b] El socialismo es el derecho a la propiedad comunal de la tierra y del capital. c] El socialismo pregona la necesidad de que el individuo sacuda el egoísmo que ha venido a ser el resultado de la educación que tiene recibida y que dedique todas sus energías a la obtención del bienestar de la colectividad y de su positivo progreso.¹¹

En el marco de esta concepción, desde el punto de vista económico la idea del socialismo se justificaba en México apoyándose en la existencia del ejido, sobre todo en su forma de ejido colectivo, y del movimiento cooperativo que por entonces estaba en auge. Cuando Cárdenas

11 "Lo que es el socialismo", en *Revista de Educación*, año II, t. IV, n. 20, diciembre de 1934, p. 15.

hablaba del acceso de los trabajadores a la propiedad colectiva de los medios de producción tan sólo quería decir que un día los trabajadores serían ejidatarios o cooperativistas. No más. Fuera de esto, la fementida "marcha de México hacia el socialismo" era de veras una patraña, y en primer término para el propio Cárdenas. Y en lo referente al postulado moral (más positivista que marxista) de la "solidaridad social" y al principio político de la organización de las masas, que Cárdenas denominaba también "impulso colectivista", la educación socialista se justificaba plenamente sin necesidad de mayores explicaciones. Cárdenas fue coherente de modo absoluto con el socialismo así entendido. De hecho no era sino el medio más idóneo para legitimar el programa de reformas que se aprestaba a llevar a cabo.

Ni la industrialización del país ni la economía socialista —decía durante su campaña electoral en 1934—, podrán avanzar sin la preparación técnica de obreros y campesinos calificados, capaces de impulsar la exploración de nuevas fuentes productivas y de participar en la dirección de las empresas. Por eso es necesario estimular la enseñanza utilitaria y colectiva que prepare a los alumnos para la producción cooperativa, que les fomente el amor al trabajo como un deber social: que les inculque la conciencia gremial para que no olviden que el patrimonio espiritual que reciben está destinado al servicio de su clase, pues deben recordar constantemente que su educación es sólo una aptitud para la lucha por el éxito firme de la organización.¹²

A Cárdenas le preocupaba terriblemente la desintegración social, económica, política, cultural, racial y lingüística del país. México carecía, en su concepto, de una auténtica conciencia nacional, y ello a pesar de la Revolución, que no había podido culminar su obra. Sus esperanzas en la labor de la escuela y del maestro, poseedores del nuevo espíritu educacional, no pueden minimizarse de ninguna manera. Si en algo era sincero era precisamente en esto.¹³ Por lo demás, él mismo se encargó de demostrar muy pronto que la

¹² Partido Nacional Revolucionario, *La gira del general Lázaro Cárdenas*, Secretaría de Prensa y Propaganda del CEN del PNR, México, 1934, p. 194. Posteriormente defendería el nuevo artículo 3o. constitucional diciendo que "en ese mandamiento está confiada al Estado la tarea de crear en la niñez conciencia de responsabilidad y colectividad, enseñándole la realidad del panorama social y económico en que se desarrollará su existencia, y de forjar trabajadores aptos, para que de este modo México cuente con una población organizada que contribuya eficientemente al desarrollo y progreso del país" (Partido de la Revolución Mexicana, *¡Cárdenas habla!*, La Impresora, México, 1940, p. 86).

¹³ A mediados de 1934 escribía en sus notas privadas: "La escuela de México necesita programa que enseñe al niño lo que realmente le sea útil en su mayor edad. Hay que educarlo en contacto con la naturaleza; inculcarle la ideología de la Revolución Mexicana; prepararlo para el trabajo colectivizado, toda vez que México debe lograr su desarrollo por el propio esfuerzo organizado de los mexicanos. De seguir México con un sistema individualista perderemos de aprovechar las riquezas naturales y las ventajas agrícolas e industriales que ofrece el país. Unidos en acción los mexicanos haremos de México un país próspero. Nuestro pueblo presenta un

suya no era veleidad ingenua, sino una conciencia muy clara de lo que es un verdadero Estado y lo vital que le resulta una estrecha vinculación con la sociedad sobre la que ejerce su dominio. En 1940, último año de su gestión presidencial, Cárdenas afirmaba:

Crear que el Estado puede seguir actuando sin aprovechar las experiencias del pasado, y dejar que los sectores más necesitados, las clases proletarias sigan siendo víctimas de la mentira y la ignorancia, es querer que renuncie a sus responsabilidades ante los propios destinos de su pueblo, porque no hay Estado contemporáneo que crea que puede apoyarse en la conciencia nacional y encauzar el espíritu colectivo de su país, si deja que el caos individualista imponga la anarquía en la enseñanza de la niñez y de la juventud, y la Revolución, que es fundamentalmente un proceso de integración de la Patria a base de supresión de diferencias raciales, de desigualdades económicas y de recuperación de las riquezas del pueblo, no puede despreocuparse por la formación de la conciencia nacional, sino, por el contrario, debe preparar a la niñez y a la juventud para que comprenda y prosiga la tarea, con el mismo espíritu de sacrificio, con que la han defendido los que fueron inmolados por libertar a México de la monarquía virreinal, para afianzar la República contra las invasiones extranjeras, y para afirmar nuestra nacionalidad ante los imperialismos que la han agredido.¹⁴

Mientras unos se hacían cruces porque el gobierno de Cárdenas llevaba al país al comunismo y mientras otros se entusiasmaban porque la escuela socialista preparaba el advenimiento del socialismo en México, el divisionario michoacano proclamaba que la educación socialista habría de realizar los ideales revolucionarios, contribuyendo a forjar la unidad nacional en torno del Estado de la Revolución y la construcción de una sociedad más justa y más igualitaria como obra de hombres libres del fanatismo y la ignorancia, la miseria y la explotación:

La Escuela Socialista —decía— [...] propugna por la capacitación integral de todos los individuos en beneficio de la colectividad. Anhela la verdadera libertad, porque busca la luz de la razón como norma de conducta, en lugar de la ciega obediencia al dogma, y trata por ello de explicar la vida a través de la comprensión de los fenómenos naturales, y no del temor supersticioso. Enseña que el trabajo es fuente de riqueza y de bienestar y no un

mosaico de criterios. Trataremos de fundirlo en uno solo" (Lázaro Cárdenas, Apuntes. 1913-1940, t. I, en *Obras*, UNAM, México, 1972, p. 298, subr. nuestro).

¹⁴ ¡Cárdenas habla!, cit., p. 261.

anatema de servidumbre, que el esfuerzo productivo ennoblece, y que no existen castas o razas predestinadas al privilegio de la felicidad, a costa de las clases esclavizadas. Esta escuela activa, capacita mejor al campesino para cultivar su tierra, al obrero para aumentar los rendimientos de la industria, al profesionista, para vincularse con las necesidades del pueblo, así como con los problemas de su patria. Se oponen a ella los poseedores de los privilegios, lo mismo del monopolio de la tierra, que de los monopolios industriales y financieros, porque mediante la privación de la capacidad técnica y social de las clases trabajadoras, pueden mantenerlas siempre sometidas a regímenes de explotación, y muy lejos de interesarles el porvenir de la niñez y de la juventud, sólo les preocupa la sumisión a sus propios bienes. En cambio, la Escuela Socialista desea que se capaciten como trabajadores aptos, se preparen para que puedan asumir la dirección y responsabilidad de las nuevas fuentes de trabajo que el Estado llegue a crear, o que se establezcan por su propia iniciativa, que sepan utilizar los recursos de la naturaleza, emplear la maquinaria y la técnica moderna, defender sus derechos ciudadanos, y solidarizarse con la causa de todos los oprimidos. Así, la Escuela Socialista que reprueba la inhumana explotación del trabajador, contribuirá a la paz y a la unidad nacional, suprimiendo los viciosos sistemas de privilegios y desigualdades que tantas luchas intestinas han provocado en el país.¹⁵

Armados con esta bandera ideológica y política, henchidos de esperanza y de entusiasmo y con objetivos muy precisos en sus mentes, miles y miles de maestros, muchos de ellos jóvenes campesinos que apenas si sabían leer y escribir, invadieron los campos para reconquistar la sociedad rural para una revolución que había estado a punto de olvidarla y de perderla.

2. APÓSTOLES DE LA REFORMA AGRARIA

Continente de la vida social campesina, la tierra era el eje en torno del cual giraban todos los problemas de la educación en el campo. Con razón habían señalado los ideólogos del porfirismo que una educación puramente alfabética, consistente en aprender a leer y escribir, no tenía sentido cuando se carecía de intereses materiales que sirvieran de soporte al desarrollo de la cultura. Mientras la reforma agraria no se realizó y en tanto la educación rural no se convirtió en palanca de la propia reforma agraria, la enseñanza fue, en efecto, puramente alfabética, y en buena mediada de la peor especie: jacobina y antirreligiosa. La

¹⁵ Op. cit., pp. 260-61.

simbiosis entre reforma agraria y escuela rural impulsó a ambas, las consolidó y les dio sentido. A menudo su separación determinó el fracaso de una y de otra.

De hecho, lo que se pedía al maestro rural era que se transformara en el director de la formación de una nueva civilización en el campo, desde cualquier punto que se la viese: debía impulsar la organización de un nuevo orden económico, reformar la familia, las costumbres de los campesinos, educarlos políticamente, organizarlos, prepararlos para que produjeran más y mejor, todo ello además de enseñarles a leer y escribir.¹⁶ El carácter mismo de la reforma agraria preconizada por la Revolución confería tal relevancia a la tarea del maestro. Desde la Ley del 6 de enero de 1915 se inauguró la tradición de iniciar cualquier reparto de tierras bajo el principio de la "petición de parte". Fue un modo de descargar al Estado de la responsabilidad de resolver, para decirlo así, revolucionariamente el problema de la tierra, mediante la expropiación general de la clase terrateniente y la asignación de la tierra, no a los que se les ocurriera "pedirla", sino a los que efectivamente la trabajaban. Aun así, en general, los campesinos siempre estuvieron solicitando tierras, pero ello no devino un movimiento de dimensiones nacionales sino hasta la época cardenista, y en esto los maestros desarrollaron un papel de la mayor importancia.¹⁷

Al ponerse al frente de los movimientos agrarios, los maestros estimulaban o creaban la conciencia del derecho de petición en los campesinos y al organizarlos y servirles oficiosamente de voceros y consejeros se convertían en los dirigentes naturales de los trabajadores del campo, se fundían con ellos, se volvían parte indispensable de la vida rural.

16 "En forma ideal además de su trabajo puramente educativo, el maestro debía ser trabajador social, enfermero, partero, agrónomo, artesano y consejero legal al mismo tiempo. Esto era por supuesto imposible y fue inevitable que muchos maestros fracasaran aun en los aspectos más elementales de su trabajo, pero un número sorprendentemente grande tuvo éxito por su entusiasmo y la capacitación que recibieron de las Misiones Culturales y otras organizaciones, y lograron llevar muchas mejoras básicas a las comunidades en que trabajaban. Así, en muchos poblados rurales se cavaron nuevos pozos, se mejoró la habitación, se introdujeron prácticas de higiene elemental, las artesanías sencillas como la carpintería, la cestería o el tejido se mejoraron o iniciaron si no existían, y hasta se construyeron caminos bajo el ejemplo y con el estímulo del maestro. Los deportes, en especial el voleibol y el básquetbol, los festivales cívicos en conmemoración de eventos o fiestas nacionales, la danza y el drama popular, fueron todas actividades introducidas por primera vez por estos abnegados hombres y mujeres. Se mejoraron las técnicas agrícolas mediante la rotación de cultivos, el uso de fertilizantes y la introducción de otros nuevos y de herramientas hasta entonces no usadas, mejoras sencillas pero efectivas que con frecuencia se debían a los maestros rurales. Se introdujo el modo occidental de vestir, la dieta se hizo más variada, el alcoholismo disminuyó como resultado de enérgicas campañas, y la gente se hizo más sociable y menos supersticiosa" (David L. Raby, 41p. cit., pp. 100-01; también Nathaniel y Sylvia Weyl, *La reconquista de México. Los días de Lázaro Cárdenas*, en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. VII, n. 4, octubre-diciembre de 1955, pp. 297-98).

17 Como escribe Raby: "Si una comunidad rural quería obtener tierra, lo primero que necesitaba era la conciencia de cómo organizarse para presionar alas autoridades. El primer paso era la creación de un comité agrario que presentara su petición a la Comisión Agraria del Estado, para que se emitiera un decreto de 'restitución', 'dotación' o 'ampliación' [...] Era un caso común que los maestros tuvieran un papel dirigente en este trabajo de organización previo [...] En muchos casos el deseo de tierras estaba latente y sólo se manifestaba después de que la obra escolar había provocado el nacimiento de un espíritu de superación y mejoramiento entre los habitantes" (David L. Raby, op. cit., p. 110).

En este respecto apuntaba George I. Sánchez:

A diferencia de los directores e inspectores, que son transferidos, periódicamente y a discreción de la oficina federal, de una zona a otra y de un Estado a otro, los maestros son enviados a comunidades que les son del todo familiares y, muy a menudo, a aquellas en que nacieron y crecieron. Por ello el maestro está tan vinculado a la gente de la comunidad y tiene una ventajosa posición para comprender sus problemas y necesidades. El maestro deviene un dirigente del poblado y, en razón de su ascenso a esa posición, sirve como un ejemplo viviente para sus allegados y amigos, justificando la esperanza de los padres en un futuro luminoso para sus hijos. La posición oficial que el maestro mantiene, el papel activo que desempeña en los asuntos federales de la región, y su estrecho contacto con las organizaciones agrarias, bancos agrícolas y otras agencias sostenidas por el gobierno, le dan prestigio y prominencia adicionales. En virtud de su ascendiente personal y su familiaridad con las prácticas usuales del poblado, el maestro está en posición de efectuar mejoras graduales e introducir nuevas ideas con la menor fricción y violencia. Por supuesto, el maestro posee un gran tacto y sentido común; por extraño que pueda parecer, éstas son cualidades que constituyen casi una segunda naturaleza del maestro rural mexicano.¹⁸

Claro que no todos tenían esas posibilidades ni éstas se daban por el simple hecho de ser maestros, los más preparados de la comunidad; pero se convertían en un proceso necesario en cuanto se presentaba la lucha por la tierra y los maestros la encabezaban. Era la lucha social misma la que los lanzaba a la dirección de los grupos campesinos.

Magníficos organizadores de masas, los maestros, empero, no pudieron organizarse adecuadamente entre sí. Durante muchos años se mantuvieron divididos en dos o más sindicatos nacionales y con frecuencia se mostraban más leales a los organismos locales que a los nacionales.¹⁹ Era un hecho que preocupaba al gobierno, lo que se explica si se piensa en las limitaciones que la desorganización de los maestros imponía a la conducción de una política educativa unificada y coherente a nivel nacional. Los llamados a la unidad magisterial se volvieron obsesivos, pero tuvieron escasos resultados. La dirección de los maestros recayó de preferencia en las misas agencias gubernamentales, en particular la Secretaría de Educación Pública, cuyos órganos no cesaron de orientar y ayudar a organizar el trabajo educativo en el campo. El Maestro Rural, que se distribuía de modo gratuito entre los

¹⁸ George I. Sánchez, México. *A Revolution by Education*, The Viking Press, Nueva York, 1936, pp. 120-21.

¹⁹ Cf., David L. Raby, op. cit., cap. III.

maestros, los bombardeaba con directivas sobre cualquier problema que pudiera presentárseles en su trabajo de movilización de la comunidad campesina y tratando siempre de fomentar su sentido de responsabilidad y su fidelidad para con la Revolución y su Estado.

Algunas de esas directivas son realmente notables. Por ejemplo, en un artículo escrito por el profesor José Terán Tovar, gran organizador de asociaciones campesinas en las zonas en que trabajó como inspector escolar, hacía las siguientes recomendaciones a los maestros recién llegados a una comunidad:

...como primera medida, al llegar a un pueblo, en que vamos a trabajar como Maestros Rurales, daremos una vueltecita por las calles para conocerlo aunque sea en forma general; luego trataremos de conocer hasta en sus menores detalles a la iglesia, la escuela, el juzgado, el comité ejidal, etc. Por la noche, llamaremos a los vecinos y en una reunión que con ellos celebraremos, les expondremos nuestra buena voluntad, nuestro deseo de trabajar, las ideas y propósitos del Gobierno. Yo estoy seguro que todos los vecinos irán al llamado que se les haga, pues siendo nosotros cosa rara en el poblado, aunque sea por curiosidad asistirán a esa junta. En ella tendremos buen cuidado de no exponer las ideas deprimentes que nos haya merecido el pueblo, los niños o los vecinos, y por ningún motivo demostraremos incomodidad o tristeza.

En seguida, el recién llegado maestro debía comenzar sus clases organizando a los niños en sociedad de alumnos, la que ayudaría mucho en el trabajo posterior a seguir; después debía hacer un inventario de los bienes de la escuela y de todo aquello que pudiera servir para el trabajo.

No debemos olvidar —continúa Terán Tovar— que para todas estas cosas necesitamos hacernos amigos del comisario del pueblo, juez o como se llame el representante de la autoridad; también hay que estar en relaciones constantes con el jefe de los agraristas, si es que los hay, y si no, con los ancianos más distinguidos y virtuosos que haya entre los trabajadores. Al comerciante lo trataremos bien, sin demostrarle gran cariño, pues ya lo atacaremos a su debido tiempo [...] Si, debemos apartarnos y no permitir que entren a la escuela, ni el cantinero ni el cura, a quienes no mencionaremos los primeros días, ni para bien ni para mal, si es que ellos no se meten con nosotros; pero los atacaremos sin piedad, luego que ya tengamos organizado a nuestro pueblo y que la escuela haya empezado a desarrollar su acción.

Todo ello no era sino la antesala de lo que constituía el trabajo fundamental: la organización de los campesinos para luchar por la tierra.

En la misma forma que iniciemos nuestro trabajo con los niños y con los grandes en las obras relacionadas con la escuela, lo haremos al tratar de atacar los problemas comunales. Empezaremos por hablarles de una vida mejor, de lo mucho que se puede hacer con buena voluntad y de lo que nosotros esperamos de ellos. Luego, organizaremos a las gentes en sociedad y empezaremos la lucha, que debe hacerse siempre procurando escoger primero a los líderes, de quienes ya nos habremos hecho amigos para visitarlos en sus casas y hablarles de nuestros propósitos con toda amplitud. No debemos olvidar, que problema que se ataca sin formar una sociedad que nos respalde en los momentos difíciles, es problema que fracasa, poniéndonos en ridículo y llevando el riesgo hasta de sacrificarnos.²⁰

Sin duda alguna muchos maestros debieron ser tan inconscientes de su cometido político como lo eran gran número de campesinos que no tenían ni siquiera idea de los derechos que les concedían las leyes revolucionarias; pero puede decirse, a buen seguro, que una generalidad de los maestros rurales estuvieron a la altura de su misión, probablemente no tanto como se esperaba de ellos, pero sí lo suficiente como para contar de manera decisiva en el desarrollo de la reforma agraria. Su fidelidad al gobierno revolucionario quedaba asegurada por su propio contacto con los trabajadores del campo, de los que obtenían no sólo sus auxiliares en las labores que llevaban a cabo, sino además sus defensores más decididos. La relación con las masas, por lo demás, y siempre que mantuvieran firmes sus proyectos de mejoramiento, no podía por más de ser una fuente inagotable de estímulos y de entusiasmo. Pero ellos, en el fondo, tenían sobradas razones para identificarse con el gobierno de la Revolución. Después de todo era él el que los había mandado al campo con el propósito expreso y perentorio de organizar a los campesinos para obtener y trabajar la tierra. Buena parte de ellos eran miembros del Partido Comunista de México,²¹ y una buena proporción del

²⁰ José Terán Tovar, "Primera actitud del maestro rural", en *El Maestro Rural*, t. VI, n. 5, lo. de marzo de 1935, p. 15. En un documento publicado en la misma revista, se proponen los siguientes principios de acción para los maestros rurales: "Organización social de los educandos (comunidades escolares, comités, comisiones y equipos de trabajo y de propaganda, etc.), para la realización, en forma colectiva, de las diversas actividades escolares. Tal organización escolar tendrá los siguientes fines principales: a) Demostrar las ventajas sociales y personales del trabajo colectivo sobre el trabajo individualista. b) Arraigar fuertemente el espíritu de cooperación y solidaridad humanas para que, al actuar en la sociedad, realicen en forma colectiva y con criterio revolucionario, tanto la producción social como la defensa y el disfrute de lo producido" ("Orientaciones sobre los fines de la educación socialista", en *El Maestro Rural*, t. XI, n. 3, marzo de 1938, p. 9).

²¹ En junio de 1937 el PCM aseguraba tener 17 000 miembros (en 1939 éstos eran en número de 30000), de los

total, tal vez la mitad (Raby), se inclinaban hacia el socialismo. Independientemente de que todos los mexicanos progresistas, entre los que se contaba la mayoría de los maestros rurales, apoyaban la política cardenista, es un hecho cierto que muchos pensaban que el país se encaminaba hacia el socialismo y que las medidas tomadas por Cárdenas no podían tener más finalidad que ésta. Entre ellos se encontraban los maestros, y aunque también es verdad que entre ellos había muchos radicales que tenían otro modo de pensar, éstos debían ser pocos, por el mismo tipo de trabajo que hacían, entre los maestros rurales. Pocas dudas podían caberles de que ellos, como ningún otro grupo social, estaban luchando por el socialismo, y ello renovaba su adhesión y su fidelidad al régimen de la Revolución. Jamás sabremos en qué medida la educación socialista se convirtió en precepto constitucional únicamente para alentar a los maestros en su trabajo de reforma social, pero lo cierto es que para ellos fue una bandera por la cual ofrendaron todo lo que tenían al Estado de la Revolución.

A través de ellos el Estado penetró hasta el último rincón de la sociedad rural, tocando hasta el nervio más oculto de la vida campesina, convirtiéndola en parte del Estado mismo y sometiéndola a su regimentación como no lo está ninguna otra clase social. Su trabajo abatió las barreras entre la vida pública y la vida privada de los campesinos; hasta los sentimientos de los hombres del campo se transformaron en objeto de remodelación de los activos y diligentes maestros rurales. La reforma agraria fue en gran parte obra suya, su obra como grupo, tanto más extraordinaria por cuanto la hicieron cada uno por su lado, penetrando cada uno personalmente en la miríada de localidades rurales, recortándose cada uno un mundo para sí mismo, adhiriéndose a la tragedia del campesino mexicano que ha consistido desde los inicios en su aislamiento y su localismo y que le ha impedido desde siempre surgir ante la nación como clase con una representación propia y con intereses propios.

La obra de los maestros quedó, idéntica a sí misma, pero reconocible por sus resultados en cada poblado y en cada ejido en que cada uno de ellos actuó. Obra individual por excelencia, cobra sentido exterior, típico, en el proceso de liberación de los campesinos de sus antiguos explotadores y en la construcción de la nueva comunidad agraria, íntimamente ligada a los intereses del Estado y encuadrada en el orden social que este último garantiza y promueve. Allí donde la reforma agraria triunfó con la intervención de los maestros, la historia es siempre la misma: el maestro se conquista la buena voluntad y la confianza de los campesinos dándoles a conocer las leyes agrarias y el derecho que les asiste, como trabajadores, a recibir la tierra, y convenciéndolos de que en la lucha por ella cuentan con el apoyo decidido del

cuales aceptaba que una tercera parte eran maestros (*El Machete*, 26 de junio de 1937). En esa época los maestros en todo el país eran unos 40000, o sea, que de cada ocho maestros uno era comunista (David L. Raby, op. cit., pp. 91-92).

gobierno revolucionario del que él, el maestro, se siente un representante autorizado; los campesinos se organizan como centro de población en una comunidad agrarista y solicitan a las autoridades agrarias se efectúe la dotación de tierras a los jefes de familia del poblado; a menudo el maestro es quien se encarga de redactar los documentos y llevarlos en representación de los campesinos a los lugares en donde radican las autoridades agrarias. Cuando han obtenido la tierra es también el maestro quien aconseja a los nuevos ejidatarios sobre la mejor manera de organizar la producción e incluso sobre el tipo de productos a que se deben dedicar las tierras; y durante un buen tiempo el maestro sigue desempeñando funciones de representación exterior del ejido, hasta cuando los ejidatarios se vuelven capaces de manejar sus propios asuntos.

Un ejemplo típico de esta micro historia campesina se resume en un informe de un maestro acerca de la labor desplegada en un poblado del estado de Colima, que los redactores de *El Maestro Rural* presentaban como una muestra de lo que todo maestro rural estaba obligado a hacer y de lo que debía ser considerado como un resultado óptimo de su trabajo. "El primero de octubre de 1931 —dice el informe—, fundó la Secretaría de Educación una escuela de tipo económico [una escuela de peor es nada, cuyo maestro percibía el mísero salario de un peso diaria] en Las Humedades, hoy ejido 'Independencia', Estado de Colima." Esta escuela, sostenida por los campesinos y tal vez solicitada por ellos, se instaló como consecuencia inmediata de una agresión que el dueño de la vecina hacienda de Armería ordenó en contra de la comunidad agrarista; los hogares de los campesinos, ubicados en terrenos de la hacienda, fueron incendiados; es posible, como solía ocurrir, que no hubiera más motivo que el de que estaban ocupando un espacio que el hacendado quería destinar a otros fines.

La escuela rural —prosigue el informe—, regentada entonces por el maestro José Juárez M., uno de esos jóvenes dinámicos, emprendedores y de cepa auténticamente revolucionaria, que llevan la clarinada de emancipación a las masas campesinas, dio su apoyo moral y material a los ejidatarios incipientes. Los aconsejó y orientó en la edificación y organización de su comunidad, que hoy —hay que decirlo con orgullo—, va a la cabeza de las comunidades agrarias de la entidad, gracias al esfuerzo superador y sostenido de cuatro modestos y humildes campesinos a quienes debieran imitar todos los trabajadores rurales del país, que alientan anhelos de emancipación económica y social.

El maestro condujo todas las gestiones para lograr que se dotara de tierras a aquella comunidad hasta que fueron entregadas, primero en posesión provisional y después en

posesión definitiva por resolución presidencial. El siguiente paso fue mantener la organización para un nuevo objetivo, esto es, la habilitación económica del grupo campesino mediante el ejido:

Dueños ya de las tierras, los campesinos fueron exhortados por la escuela, para trabajar. Comenzaron por el desmonte para levantar el pueblo en el sitio en que actualmente se encuentra; construyeron después, las casas, designaron las autoridades comunales, y organizaron una defensa rural para proteger la vida y los intereses del pueblo. Todo esto, bajo la dirección y guía de la modesta escuela del lugar.

Los servicios que el maestro siguió prestando a la comunidad no disminuyeron su importancia; de ellos dependieron las relaciones políticas del poblado y la evolución económica del ejido:

La escuela representó, en diversas ocasiones al poblado en varios Congresos Agrarios organizados por el Gobierno del estado. Para ayudar a los trabajadores y para modelar en ellos el espíritu de cooperación, la propia escuela organizó a los campesinos en una cooperativa agrícola y, gracias a la ayuda que por gestiones suyas prestara el Banco de Crédito Agrícola, al vecindario, la empresa marchó viento en popa y tuvo éxito. Con las utilidades, los campesinos lograron adquirir cuarenta vacas, con cuya leche mejoró bastante la alimentación de los ejidatarios del lugar. Para liquidar el crédito que el banco había abierto, la escuela indujo a los agraristas a realizar una *siembra* en común, con cuyos rendimientos la cuenta quedó totalmente saldada. Posteriormente, se repartieron las vacas tocando una a cada ejidatario.

En seguida el maestro sugirió a los campesinos que pusieran remedio a la incomunicación física en que se hallaba el poblado construyendo una carretera hasta Armería, misma que les ayudó a trazar y abrir; económicamente, este evento significó un verdadero lanzamiento de la comunidad a la economía de mercado, pues de inmediato, siempre inducidos por el activo maestro, comenzaron a cultivar plátanos y cocos de agua que se destinaron a la venta en las ciudades; unos años después, casi todos los terrenos del ejido contaban con esos cultivos (en 1936, fecha del informe, la comunidad tenía 7 150 palmas de coco; 54 147 plantas de plátano; 800 cabezas de ganado vacuno, 200 de ganado equino y 58 de ganado porcino; en 1935, sus ventas fueron como sigue: 10 000 pesos por 200 toneladas de maíz; 2 500 pesos por 50

toneladas de plátano, y 119.70 mensuales por cerca de 2 394 kilogramos de papaya).

Recientemente —nos dice el informe—, en la Exposición Agrícola, verificada en la capital del Estado, el ejido obtuvo como premio por los productos que exhibió: una sembradora; una cultivadora; dos arados, y un toro semental, "El matador", hermoso ejemplar de raza suiza, que el C. Presidente había ofrecido para la mejor comunidad agraria del Estado.

Y un hecho importante para un ejido que había logrado edificarse tan venturosamente y con un origen tan glorioso:

[...] para que el ejido llevara un nombre que respondiera adecuadamente a los ideales de redención que alimentaban los vecinos, la escuela les propuso, que en lugar de "El Ejido de Humedades", en lo sucesivo se llamara "Ejido Independencia".²²

Hubo muchos casos menos afortunados que éste,²³ pero en todos ellos el trabajo y el papel del maestro fueron tendencialmente los mismos. Si se exceptúan las grandes huelgas de trabajadores agrícolas sindicalizados que dirigió la CTM, que desembocaron en importantes expropiaciones de grandes empresas agrícolas (La Laguna, Valle Nacional, Yucatán, La Gavia, Lombardía y Nueva Italia, etc.), y que sin duda representaron los golpes más decisivos al antiguo poder económico y político del latifundismo, en lo restante la reforma agraria fue, en esencia, el fruto de la labor humilde y modesta de los maestros rurales, agitadores y organizadores de las masas campesinas excepcionalmente dotados y propagandistas eficaces de la Revolución y del Estado.

Por supuesto, no todo fue una marcha triunfal, ni mucho menos. Aparte los sacrificios inevitables que su misión les imponía en todos los órdenes (bajos salarios y a veces ni éstos, una dieta miserable, un pobre techo, aislamiento, miseria espiritual, etcétera), ellos tuvieron que enfrentarse casi siempre en absoluta desventaja con fuerzas terribles y enemigos implacables a los que las mismas instituciones de la Revolución no habían podido someter. Terratenientes, caciques (viejos y nuevos), curas ultramontanos y cristeros irredentistas, los

²² "Cómo una escuela rural capacitó a una comunidad agraria para rehabilitarse económica y socialmente", en *El Maestro Rural*, t. XI, n. 10, octubre de 1938, pp. 24-25.

²³ David L. Raby, joven estudioso inglés que durante varios años investigó la labor de los maestros rurales entre 1921 y 1940 y que ha producido los mejores trabajos de que tenemos noticia en este respecto, pasa revista a una multitud de casos en su extensa investigación "Rural Teachers and Social and Political Conflict in Mexico. 1921-1940", University of Warwick, Coventry, England, 1970, tesis doctoral, de la que en español se ha publicado una parte bajo el título que tenemos citado.

más de ellos los principales perjudicados por la labor de los maestros rurales, hicieron a éstos el blanco preferido de sus odios cerriles y de sus bárbaras venganzas contra una revolución que no sabían de qué otra manera combatir.²⁴ Como una auténtica legión de apóstoles, los maestros rurales también dieron sus mártires por la causa que sostenían. Acribillados en los recodos de los caminos, destazados en despoblado, quemados en el interior de sus escuelas sitiadas por matones o fanáticos, lapidados en las calles de los pueblos, apuñaleados o tiroteados en la oscuridad de la noche, cientos y cientos de maestros perdieron la vida por el delito de encabezar la lucha por la tierra.²⁵ Muchos cientos más de maestros quedaron como testimonio viviente de estas salvajes manifestaciones de la lucha de clases en el campo, desorejados, ciegos, mancos, cojos y mutilados de mil maneras más, física y espiritualmente. Así fue como todos ellos sirvieron también como escudo protector al nuevo orden de la Revolución en el campo.

3. EN ARAS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Los maestros rurales, o por lo menos su núcleo militante, aquellos que hicieron ejemplo para los demás, fueron víctimas de las mismas confusiones e incomprendiones de la izquierda mexicana que durante el cardenismo se orientaba hacia el socialismo, y experimentaron los

²⁴ El análisis de Raby es válido también en esta ocasión: "La oposición a la educación oficial tomaba muchas formas diversas, pero básicamente era de dos tipos: la que era motivada por la protección de los intereses establecidos, y la que expresaba la resistencia popular ante los cambios impuestos desde arriba. La primera era esencialmente la reacción de la clase dominante terrateniente, que veía sus privilegios amenazados [...]. Los propietarios y sus aliados políticos tradicionales, los caciques locales (es más, a menudo ambos eran la misma persona), habían logrado en muchos casos mantener su predominio a pesar de todas las convulsiones revolucionarias del periodo de 1910 a 1920, y en la época de Obregón y Calles formaron una alianza práctica con muchos caudillos locales seudorrevolucionarios. En donde la antigua aristocracia terrateniente porfirista había sido destruida, el papel conservador era con frecuencia desempeñado por los nuevos caudillos ambiciosos que, ellos solos, aplastaban por la fuerza de las armas los movimientos revolucionarios populares, o los vendían mediante maniobras políticas. De todos modos, esta constelación de representantes de las fuerzas conservadoras seguían siendo los amos de la mayor parte del país a principios de la década de 1930 a 1940, y veían amenazado su poder directamente por los acontecimientos políticos que siguieron. La educación rural con matices socialistas fue un instrumento clave del gobierno revolucionario, y esto era reconocido por terratenientes y caciques, los cuales temían que una educación aunque fuera de un liberalismo convencional, necesariamente aumentaría el descontento popular y la conciencia política. De allí la oposición a la educación oficial que venía desde la década anterior, y el apoyo de muchos terratenientes a la rebelión cristera: el monopolio eclesiástico de la educación rural sería un instrumento poderoso para mantener el status quo"; por lo demás, afirma Raby, "debe reconocerse que la iglesia, como institución, y la mayoría del clero, como individuos, apoyaban de forma activa a las fuerzas sociales conservadoras y a la reacción política, y se opusieron constantemente a la reforma agraria y al movimiento sindical; a pesar de la devoción religiosa de los zapatistas y de otros movimientos campesinos radicales, muchos curas difundían la idea de que los agraristas eran herejes. Cuando los maestros ayudaron a los campesinos organizando cooperativas y haciendo agitación por la tierra, se les tildó no sólo de subversivos sino que también se les acusó de ser herejes o protestantes —calumnia que tenía muchas posibilidades de enemistarlos con los campesinos" (David L. Raby, *Educación y revolución social en México*, cit., pp. 193-94).

²⁵ Del mismo David L. Raby, véase "Los maestros rurales y los conflictos sociales en México (1931-1940)", en *Historia Mexicana*, vol. XVIII, n. 2 (70), octubre-diciembre de 1968, pp. 216-25, y *Educación y revolución social en México*, cit., pp. 190-91.

mismos sacrificios que esta última en cuanto al proyecto histórico que habían adoptado como propio. Identificados por su condición material y por su elección política con las masas proletarias, su tragedia consistió en no haber sabido hasta dónde su lucha respondía a su propia causa y hasta dónde en cambio no era más que un esfuerzo eficaz sólo para fortalecer el sistema de dominación de los enemigos del pueblo mexicano.

La política del Estado y la política de la izquierda mexicana confluyeron hacia un mismo designio: cumplir con las tareas que se había fijado la Revolución y, entre éstas, con tres fundamentales que eran la consolidación del régimen revolucionario, la realización de la reforma agraria y la nacionalización de los recursos naturales en manos de capitalistas extranjeros. Para el Estado esos tres objetivos principales significaban asegurar el desarrollo material del país en una perspectiva que, consciente o inconscientemente, no superaba los horizontes del sistema capitalista. Para la izquierda, sometida a la línea política del movimiento comunista internacional dominado por el stalinismo, esos mismos objetivos significaban una *etapa necesaria*, y a la vez ineludible, del desenvolvimiento histórico de México, que liquidaría la herencia burguesa de la Revolución y en el futuro haría posible el tránsito del país hacia el socialismo. Tanto el Estado como la izquierda coincidían también en la solución práctica que el cumplimiento de esos objetivos requería: debía organizarse un amplio movimiento de masas que unificara a todos los sectores y clases de la sociedad en torno a los objetivos señalados; sólo sobre esta base podría fortalecerse al Estado, poniéndolo en condiciones de enfrentar con éxito al imperialismo y los grupos reaccionarios aliados suyos que luchaban activamente contra la Revolución; de ello dependía, asimismo, el que la política de nacionalización se sostuviera y que la reforma agraria se cumpliera. Para el Estado esta exigencia se inscribía en la instancia revolucionaria de la conciliación de las clases bajo la dirección del poder público; mientras que para la izquierda tomaba cuerpo en la política del frente popular antiimperialista, nacionalista y democrático.

El movimiento de masas desencadenado por el cardenismo arrolló y acabó por ahogar, política e ideológicamente, a la izquierda socialista de México; su coincidencia con el Estado de la Revolución se convirtió rápidamente en una sumisión acrítica e impotente a los objetivos a corto plazo y a las urgencias tácticas que la impetuosa política de Cárdenas iba imponiendo en su desarrollo. La izquierda, en realidad, nunca tuvo claro el porqué la lucha antimperialista significaba un escalón en el camino ascendente hacia el socialismo ni supo cómo hacer de esa misma lucha, objetivamente necesaria, por lo demás, un verdadero periodo de transición hacia una sociedad superior; fijados los tres objetivos mencionados como una etapa en sí misma en el proceso histórico del país, a la vez que renunciaba a la búsqueda de

soluciones verdaderamente socialistas, programáticas y organizativas, que permitieran al proletariado constituirse en una fuerza independiente, a cada paso se fue enredando y maniatando más y más en los hilos de la política de conciliación de clases preconizada por el cardenismo.

En el documento en que los dirigentes del Partido Comunista de México anunciaron a sus militantes la política de frente popular, aprobada por el VII Congreso de la Internacional Comunista, a través de la cual se ponía en marcha la alianza con el cardenismo, se testimonia con absoluta claridad la incapacidad de este grupo para dominar una perspectiva de lucha propia que de algún modo permitiera el desarrollo de las fuerzas del socialismo en nuestro país. Junto a una idea confusa y esquemática de lo que sería el frente popular (reducción stalinista de la política de frente único) el partido comunista se decidió, casi inconscientemente, por una línea de acción tacticista que lo colocó de inmediato en la cola del movimiento de masas dominado por el cardenismo, éste sí con una estrategia clara y precisa que seguía con la mayor determinación.

Concentrando sus esfuerzos en la organización del Frente Popular y en la lucha por sus demandas, el Partido Comunista debe explicar a las masas la perspectiva del movimiento. No podemos lanzar como consigna de acción inmediata, la del "Gobierno Popular Revolucionario" porque esto sería contraponer tal consigna al Gobierno de Cárdenas, cuando la situación de hoy día exige sostenerlo. Pero es necesario explicar que del desarrollo y del ascenso del movimiento depende la maduración de las condiciones para la lucha directa por un Gobierno Popular Revolucionario. Nosotros luchamos ya, desde luego por la realización de demandas del Frente Popular en la mayor medida posible bajo el Gobierno de Cárdenas, y plantaremos nuevas demandas más radicales a medida que la relación de fuerzas entre el movimiento popular y sus enemigos se modifique a favor de aquél. Pero sabemos que la plataforma del Frente Popular sólo será integralmente realizada por el Gobierno Popular Revolucionario, que no siendo todavía un Gobierno Obrero y Campesino, será sin embargo un Gobierno de Frente Popular Antimperialista, antireaccionario, que comenzará una lucha seria por minar no solamente las posiciones políticas, sino también las posiciones económicas del imperialismo, desplegará aún más la lucha campesina por la tierra y creará de este modo las condiciones para la implantación de la Dictadura revolucionaria democrática de los obreros y campesinos, que a su vez pondrá las bases para la Dictadura del Proletariado y la construcción del socialismo.

Qué significaba el tal "Gobierno Popular Revolucionario" en México y de qué modo crearía "las condiciones para la implantación de la Dictadura revolucionaria democrática de obreros y campesinos", era algo que los dirigentes comunistas no sabían ni querían saberlo, como lo demuestran las siguientes palabras:

[...] No podemos prever si el Gobierno Popular Revolucionario será realizable por la sola radicalización del Gobierno de Cárdenas o mediante la lucha armada contra la creciente reacción callista y aun contra una nueva derecha que puede formarse y crecer dentro del cardenismo. El Partido Comunista no debe incurrir en la pedantería de querer preverlo todo en detalle. Debe concentrar por ahora sus esfuerzos en la creación del Frente Popular sobre la base de una plataforma de reivindicaciones concretas y realizables y estar atento al cambio de su táctica, de sus consignas y de sus métodos, según los cambios de la situación, de la correlación de fuerzas entre las clases y entre el movimiento popular de una parte y la reacción y el imperialismo de otra.²⁶

Fruto de esa misma concepción etapista de la historia fue la posición ideológica que Vicente Lombardo Toledano impuso al movimiento obrero y que se resumía en la Declaración de Principios, obra del mismo Lombardo, incluida en los estatutos de la CTM:

[...] la etapa de la evolución histórica en que nos encontramos —dice— tiene la característica de un régimen individualista semicolonial y semidemocrático, contrariamente agitado por las fuerzas populares que tienden hacia la liberación nacional y el socialismo, y por los sectores reaccionarios que lo impulsan hacia la dictadura burguesa. Esquemáticamente expuesto el régimen que prevalece se caracteriza por: a) Propiedad privada de los medios de producción económica, controlada por una minoría y cuya explotación no está sujeta sino a muy limitadas restricciones. b) La clase trabajadora sujeta a un régimen de salarios de hambre. c) No intervención del trabajador en la dirección del proceso económico y como consecuencia, el poder social verdadero en manos de la burguesía. El proletariado de México luchará fundamentalmente por la total abolición del régimen capitalista. Sin embargo, tomando en cuenta que México gravita en la órbita del imperialismo, resulta indispensable, para llegar al objetivo primeramente enunciado, conseguir previamente la liberación política y económica del país.²⁷

²⁶ Partido Comunista de México, *La nueva política del Partido Comunista de México*, Ed. Frente Cultural, México, 1936, pp. 18-19.

²⁷ "Estatutos de la Confederación de Trabajadores de México", en *CTM. 1936-1941*, Talleres Tipográficos

Una vez elegido este camino, la política educativa de la izquierda no podía por más de resolverse en una adhesión acrítica y oportunista a la política educativa del cardenismo. Habría sido demasiado el que se aceptara que la "escuela socialista" era socialista en algún sentido; pero el problema radicaba en que, dado que se carecía de una concepción estratégica propia del proceso social mexicano y en su lugar privaba una aceptación inconfesada y vergonzante del principio de la conciliación de clases, bajo la fachada del frente popular, el apoyo a la educación socialista se hizo automático.

El mismo documento citado del PCM estimaba:

[...] En la lucha entre el Gobierno y la Iglesia, el Partido Comunista debe tomar una posición definida, rechazando los ataques de la Iglesia y apoyando resueltamente la "Educación Socialista", no por socialista, que no lo es, sino como un programa de reformas democráticas avanzadas en el ramo de la educación pública, que favorecen la organización y las luchas de las masas contra el imperialismo y la reacción, explicando a la vez la diferencia entre el "socialismo burgués" del PNR y el verdadero socialismo proletario.²⁸

Por su parte, aunque por lo general con ideas más claras, Lombardo pugnó siempre por conciliar la escuela socialista con los objetivos que la Revolución se había trazado, haciendo de la educación socialista un método para enfocar "científicamente" la realidad social, concepción que desde luego no era extraña a Cárdenas. A fines de 1939 Lombardo afirmaba:

Nada tiene que hacer el socialismo con la tradición mexicana; nada tiene que hacer el principio socialista con la actual estructura económica, social y política de México; sin

Modelo, México, 1941, p. 67.

²⁸ PCM, *La nueva política del Partido Comunista de México*, cit., p. 11. Dos años después, Hernán Laborde, secretario general del partido, afirmaba: "...La Escuela Socialista, a mi ver, debe esforzarse por democratizar al máximo la educación, por llevar la educación a las más amplias masas del pueblo, armándolas con las armas de la cultura y de la ciencia, enseñándolas y capacitándolas para la lucha por la liberación nacional del país, por la consumación de la Reforma Agraria, aprovechando en la mayor medida posible el margen de acción revolucionaria del artículo 27, por la construcción de una economía nacional propia, por la consolidación y perfeccionamiento del régimen democrático y por la elevación de la vida material y cultural del pueblo. La Escuela Socialista debe armar al pueblo para la lucha por la derrota definitiva de las fuerzas reaccionarias que continúan moviéndose en el país con el propósito de rechazar la Revolución; por la defensa de la Revolución y de la patria, contra la amenaza del fascismo internacional y de la guerra, por la cooperación de nuestro país con todos los pueblos que luchan por la democracia y por la paz. Así, la Escuela Socialista contribuirá realmente, a través de la lucha del pueblo unido por la realización de las tareas actuales de la Revolución Mexicana, a crear las condiciones para el desenvolvimiento y el paso de la Revolución a etapas superiores con la mira final de destruir en México la sociedad de clases y hacer posible la construcción de una sociedad sin clases, la sociedad socialista" (Partido Comunista de México, *Hacia una educación al servicio del pueblo*, Imprenta Mundial, México, 1938, p. 11).

embargo, nosotros afirmamos que a la reforma agraria que consiste en liquidar el latifundismo y entregar la tierra a los campesinos mexicanos para basar sobre la producción ejidal la nueva economía popular de nuestro país; a la obra revolucionaria que consiste en obligar a todo propietario a que, sin mengua de sus intereses legítimos, de la ganancia lícita de su propio patrimonio, oriente sus actividades en beneficio de nuestro pueblo, no puede corresponder, en el orden jurídico, sino un Estado militante al servicio de una nueva causa económica, y una nueva teoría educativa, cuyo principio debe ser el principio socialista [...] El socialismo —proseguía Lombardo— es una teoría y una práctica a la vez: naturalmente que la escuela mexicana, como la concreción de la teoría educativa nacional, no ha de ser la institución que realice el socialismo, porque sería en contra de la teoría revolucionaria que el socialismo implica o supone; no es el Estado el que va a realizar la Revolución Social; la Escuela Mexicana es la que va a explicar científicamente la verdad, la que va a explicar científicamente la relación entre los hombres, la que va a explicar científicamente el progreso futuro de los hombres y de los países.²⁹

Se puede comprender, por lo visto, el destino que podía esperarles a los maestros rurales, inspirados en el socialismo y guiados por el entusiasmo que nacía de la movilización de las masas trabajadoras, pero carentes, al igual que las direcciones de izquierda, de una perspectiva política que les mostrara para qué podía servir su trabajo y cómo contribuiría a una transformación de la sociedad mexicana como ellos querían. Su descomposición como grupo profesional, una vez que cesó la movilización de las masas, se volvió un proceso acelerado e irreversible que se tradujo en una exacerbación del carácter individual de su labor y en una indefensión más acusada frente al poder y frente a las agencias del Estado. De factores de transformación social que eran, en su gran mayoría se convirtieron en agentes de control de las masas a favor del régimen imperante. Pero su contacto con las masas y la gloriosa tradición de lucha que se forjaron en los días de la reforma agraria cardenista son palancas que siguen moviendo a muchos de ellos a abrazar las mejores causas populares con el mismo espíritu de sacrificio y con la misma entereza con que a su tiempo supieron enfrentar a la reacción latifundista. Nombres como los de Arturo Gámiz, Genaro Vázquez y Lucio Cabañas resumen y sintetizan la continuación de esa tradición de lucha, y hoy como ayer los jóvenes estudiantes de las normales rurales, reunidos en la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México, siguen siendo una prosa para el futuro de nuestro país.

29 "Discurso del compañero Vicente Lombardo Toledano, secretario general de la CTM, en la sesión inaugural de la Conferencia Nacional de Educación", en *CTM. 1936-1941*, cit., pp. 712-13.